

Detrás de mi silencio

Julia Losada

Si alguna virtud destacaba en Clara era su capacidad para saber escuchar. Yo intuía que, a su lado, las palabras surgirían fácilmente y se sumarían en la justa medida para describir todos esos sentimientos que me atormentaban, sonarían sencillas, sinceras, y reales, justo como yo quería decirlas al mundo.

Clara siempre miraba con unos ojos que no te juzgaban, regalaba su sonrisa infinita y una caricia tranquilizadora. Era tan reconfortante como el calor de una manta en un día de mucho frío. Necesitaba buscarla, para arrojarme en ella, en su abrazo y dejar de sentir el viento helado que sentía por mis venas y paralizaba mi capacidad de tomar una decisión. Dentro de mí se libraba una batalla que me desconcertaba, que me hacía sufrir. Quería una mano amiga que me empujase, que me alentase, *puedes hacerlo, puedes hablar, decir, reír o llorar, yo estoy contigo. Siempre estaré a tu lado.* Ella era la única que podría lanzarme una tabla de salvación en mi zozobra.

Porque los sentimientos no pueden evitarse, se tienen, sin más. Es complicado luchar contra ellos, nacen en el corazón y se propagan a los sentidos como cuando se enciende una mecha y la llama corre, corre deprisa y llega a ese punto crítico en que explota y tu corazón bombea sin control, o se parte en mil pedazos y el fuego te alcanza por todo el cuerpo, ruborizando las mejillas y despertando la sexualidad, el deseo incluso de quien, aun no habiendo experimentado el momento de compartir algo tan íntimo, si ha podido imaginarlo.

Tenía catorce años y lo supe. Lo supe en cuanto vi entrar en clase a María, con la falda corta escocesa, y uno de sus calcetines largos dormido en el tobillo, con las trenzas apresuradas y la carpeta de los Beatles, con los ojos soñadores y la sonrisa imperfecta de dientes desordenados, con las pecas revoltosas dibujadas sobre su pequeña nariz.

No sé si fue su manera de moverse, su forma de sonreírme o el desparpajo al sentarse a mi lado y decirme *soy nueva en el instituto vas a tener que aguantarme*, la carcajada tonta y musical que vino después, su mano sobre la mía, o mi voz tímida y torpe al presentarme. Aquel año y el siguiente los viví apoyados en una amistad forjada de buenos ratos y descubrimientos adolescentes, hasta que llegó Jorge y me la arrebató con sus detalles de Romeo enamorado, llevándose su risa tonta, sus pecas, sus dientes desordenados, los abrazos espontáneos y nuestros momentos más especiales. Nunca volvió a buscarme, nuestro cariño mutuo se deshizo, desapareció como si hubiera sido producto de un encantamiento.

Dos años después de la marcha de María, me encandilé de Teresa, la intelectual, ordenada, curiosa y con las metas claras. Se convirtió en mi guía por un Madrid que desconocía por completo. Con ella recorrí las salas de cine para ver las películas de culto, conocí la obra de cineastas clandestinos, las exposiciones de arte, los libros prohibidos por la censura que un tío materno le traía desde Francia. Debatimos cada texto, los puntos y comas, las imágenes y sus significados. Escribimos poesía. Visitamos cafés concierto y escuchamos a grupos que nos hablaban de la rebeldía de un tiempo nuevo que estaba naciendo en un país de viejas costumbres y arraigadas tradiciones. Un aire distinto inundaba las calles y Teresa se fue con él, de la mano de un abogado de larga melena que llenó su mente con ideales de lucha, de cambio y amor libre. Tan solo dejó una bonita carta que encerraba su gratitud por aquel tiempo compartido y me animaba a sumarme al

cambio, pero no fui capaz de seguirle en la aventura, y el olor de su perfume, que quedó impregnado en un pañuelo del que no fui capaz de desprenderme en mucho tiempo.

Y así pasé por la Universidad, con desconcierto y una personalidad indefinida, no sabía muy bien quién era, en quien me estaba convirtiendo, si me merecía la pena depositar mi amor y mis esperanzas en mujeres que luego elegían otras vidas, en las que no estaba yo. Me encerré en los estudios, en mis silencios, incertidumbres y preguntas sin respuesta, en la carencia de afecto físico o de ideales. Y la Licenciatura llegó posándose como una mariposa sobre la pared del salón de casa de mis padres, que mostraban el cuadro a las visitas como el trofeo que colmaba todo su orgullo. Allí, en ese punto se centraba todo su amor, porque yo parecía transparente, me sentía invisible ante sus ojos. O quizá no querían verme.

Me marchité durante unos años en una plaza del ministerio, y todo siguió el curso establecido y habitual para una familia burguesa como la mía. Acepté la compañía de quien trabajaba a mi lado, una persona apocada, anodina y silenciosa, con quien retomé los paseos infinitos, otros cafés más amargos, otro cine más clásico, otra música menos estridente, mientras escogía seguir viviendo en esa España de siempre, que permanecía intacta y caminaba paralela a aquella otra que clamaba nuevos derechos y reivindicaciones. Dentro de aquella sociedad bicéfala, acepté el matrimonio tradicional, y los niños que vinieron después, que me dieron momentos de alegría y consolaron mis carencias afectivas, e intenté alcanzar la llamada felicidad siendo alguien resignado a la imagen que se esperaba de mí.

Pero nunca olvidé a María, ni a Teresa, ni otros muchos nombres que pasaron por mi mente y a los que voluntariamente decidí ignorar, silenciar, no pronunciar. Porque así, en un absurdo intento de engañarme, si no los mencionaba, mi deseo se perdía, dejaba de existir.

Hasta que casi llegando a los cincuenta apareció Clara en mi vida, y entró en el gimnasio, con su aire fresco, su falda corta y el moño apresurado, con sus ojos soñadores y su sonrisa infinita, con su madurez vestida de juventud y su bondad permanentemente vestida de caricia. Adoré su conversación abierta, los sentimientos a flor de piel, esa capacidad suya de hacerme ver la importancia de aceptarse, de quererse, de tener el amor propio como base de todo lo demás. Dibujó mis días con un color distinto y mi voz tuvo la necesidad de convertirse en grito.

Por eso aquella tarde salí corriendo de casa, sólo con lo puesto, dejando atrás muchos años de miedos, de sentimientos fingidos, de caricias inventadas, de escenas de cama en las que yo no era real sino un ser pasivo, de falta de orgullo, de penas enquistadas. Corrí aun sintiendo pavor ante la reacción de mis hijos, de mi familia, de los vecinos, de los compañeros de trabajo, sin saber con certeza en qué ojos encontraría rechazo y en cuales comprensión. Ya habría tiempo para explicar, para curar heridas, para quedarme en el corazón de aquellos que me querían por quien era, sin convencionalismos ni etiquetas.

Porque si alguna virtud tenía Clara era su capacidad de saber escuchar, pero también la de saber mirar, pues cuando abrió la puerta, busqué sus ojos, me derrumbé en sus brazos y no hizo falta decir nada. Su caricia fue infinita, y su calor como el de una manta en un día de mucho frío.

Sólo me dijo, descansa Beatriz. Por fin has llegado a tu destino.

Y sus besos secaron cada una de las lágrimas acumuladas durante toda una vida interpretando ser quien no era, escondida detrás de mi silencio.

Había llegado el momento de ponerme bajo los focos, de hacer oír mi voz y buscar otro argumento para seguir viviendo.

Año 2019